

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42, 1-4.6-7): *Yo el Señor, te he llamado.*

Salmo (28, 1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz»*

2ª lectura (Hechos 10, 34-38): *Dios no hace distinciones.*

Evangelio (Lucas 3, 15-16.21-22): *Él os bautizará con Espíritu Santo.*

Terminadas las fiestas de Navidad, la comunidad eclesial nos disponemos a recorrer, una vez más, la vida pública de Jesús con su pasión, su muerte y resurrección. Durante todo este año nos ayudará el evangelista Lucas, que tiene como líneas de fuerza la misericordia de Dios y la de su preocupación por los que están lejos: los desfavorecidos, los pecadores, los enfermos. Esta atracción del papá Dios marcará el camino de Jesús hacia el Jordán; seguramente porque también Juan pedía la conversión para acoger la venida del mesías prometido.

El bautismo de inmersión en el agua, como rito de iniciación, aparece en muchas religiones y escuelas de desarrollo personal. Sumergirse en el agua simboliza ahogar la vida anterior, la etapa ya vivida, para resurgir a una etapa que comienza.

El bautizarse con Espíritu Santo nos remonta a la profecía de Isaías que hemos leído, y está referida, a la misión del que ha sido ungido para llevar adelante un encargo recibido de Alguien al que le interesa que esa etapa nueva de la vida no sea solo para una persona individual sino para todo el pueblo, sobre todo para los más pobres.

El evangelio de Lucas, como el de Mateo y Marcos, en el bautismo de Jesús quiere subrayar la solemnidad del momento y la importancia de la misión que se le encomienda. El mismo Hijo de Dios entra en la historia de los hombres y de las mujeres para revelar que el Creador nunca se desentiende del trabajo transformador de la persona humana cuando se trata de construir entre todos una sociedad humanizada, en la que tanto las mujeres como los hombres, puedan desarrollar todas sus capacidades a favor propio y en el de los demás.

Los discípulos han vivido con Jesús y han aprendido sus palabras y han visto sus obras; esto es lo que cuentan en un principio a las gentes que quieren escucharlos. Pero cuando reciben la fuerza de lo alto se hacen conscientes de que lo que deben transmitir es la experiencia de ser personas nuevas, con un nuevo estilo de vivir y de actuar. La comunidad eclesial seguirá así los pasos del Maestro.

Celebrar la fiesta del Bautismo del Señor es celebrar también nuestro propio bautismo. Somos, así, llamados, elegidos y destinados por Dios para hacer el bien y practicar la justicia. Como lo hizo Él en la larga historia del pueblo de Israel y como nos invita a todos nosotros a seguir haciendo. Dios, gracias al bautismo, sigue estando con quien practica la justicia. Es el mismo Espíritu que acompañó a Jesús desde la Teofanía descrita en los Evangelios.

El bautismo, lo mismo que el nacimiento, nos regala nuestra propia identidad. Jesús descubrió en su experiencia humana su identidad de Hijo de Dios y descubrió la identidad de su propia misión. Era el Padre quien hablaba y, públicamente lo declara *«Hijo amado, predilecto»*.

Lo mismo sucede con nuestro bautismo. Todos hijos y todos hermanos, hijos de un mismo Padre. Pero cada uno con nuestra propia firma y sello. Cada uno con nuestra propia identidad personal en la Iglesia. El bautismo es el mismo (como el nacimiento) pero la gracia marca las diferencias, siendo la misma gracia. Todos miembros de una misma Iglesia.

Nuestros padres, aunque tengan muchos hijos, a cada uno le regalan una cara diferente. El bautismo, aunque sea un mismo bautismo, general, comunitario, a cada uno nos señala nuestro propio rostro, con el que tendremos que realizarnos en la Iglesia y ante el mundo.

Descubrir la propia identidad es descubrir la marca, el sello, la firma de Dios que autentifica nuestro ser como personas y como individuos. Y ser capaces de vivir esa coherencia bautismal nos expone siempre a luchas y contradicciones. Pero ¡Qué importante es ser uno mismo cuando todos se empeñan en hacernos como todos! Porque en la vida todos se empeñan en masificarnos, en privarnos de nuestra propia identidad.

Jesús sintió y experimentó no solo su filiación divina. Sintió también su identidad especial y particular. Estaba llamado a ser distinto al resto siendo de la misma condición humana. Tampoco a él le fue fácil mantener esa identidad a lo largo de su vida. La ley trató siempre de uniformarlo, pero él se resistió. Y ese no dejarse masificar por los de arriba y por la ley le costaría muy caro. Porque entonces y hoy el ser diferente, mejor dicho, el ser uno mismo, se suele pagar caro.

Una voz (la de Juan) anunciaba a Jesús, y otra voz (la de Dios) declara su identidad. En Jesús confluyen los anuncios del cielo y de la tierra. Jesús es el punto de convergencia entre Dios y los seres humanos. Jesús nos proporciona el auténtico encuentro con los demás y con Dios: poner más a Jesús en el centro de nuestra vida y, hacer un itinerario como discípulos de Él y con Él.